

**RAÚL ANSOLA**

*TRAS EL ECO DE LOS PASOS*



1ª edición, 2020

Diseño del libro: Redactio - Global Writing and Publishing Services

Fotografías: Javier Morate

**Editorial DALYA**

Jilguero 14

11100 San Fernando

*www.edalya.com*

Copyright © by Raúl Ansola

All rights reserved under International Copyright Conventions.

© de esta edición, Editorial DALYA

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Raúl Ansola

*Tras el eco de los pasos*

ISBN: 978-84-17391-54-6

Printed in Spain / Impreso en España

*Para Aida, que ya conoce las respuestas.*

*Y para Rubén, que acaba de iniciar el misterio de la vida*



## AGRADECIMIENTOS

Estas páginas narran muchas de las vivencias que me han ocurrido, pero también callan donde deben guardar silencio, ya sea por petición expresa o porque prudencia obliga. No han sido pocas las situaciones que no se han podido explicar, pero que sin duda han condicionado el camino de este curioso, como tampoco han sido pocas las experiencias que se me han explicado con confianza, pero sin intención divulgativa, ya que son misterios que siguen activos y afectan a sus implicados.

El cuaderno de bitácora que tienes entre tus manos está dedicado en primer lugar a todos aquellos que me han acompañado en estas visitas a lo desconocido. Javi, Isa, Esther, Jordi, Susana, Eulàlia, Marta, Esther, Mia, Giovanni, Esther, Joan... Ver mi ilusión reflejada en vosotros ha sido un revulsivo que me ha ayudado a seguir adelante allí donde las circunstancias han entorpecido la investigación.

Gracias a Jorge Ríos, por su prólogo y por el tiempo compartido en busca de respuestas. También, y no menos importante, quiero acordarme de todos aquellos testimonios que me he encontrado en este camino, personas cuya generosidad me ha permitido compartir con ellas el misterio y, en muchos casos, el desconcierto por lo inexplicable o lo enigmático. Si este libro existe es gracias a vosotros.



*A casi todos nos da miedo lo desconocido. No debería ser así. Lo desconocido no es más que el comienzo de una aventura, una oportunidad de crecer.*

Robin Sharma.



## PRÓLOGO

Un dicho popular afirma que la curiosidad mató al gato, y resulta obvio que en la mayoría de las ocasiones esta afirmación encierra una gran verdad. La historia de la evolución humana podría definirse como un aprendizaje continuo lleno de ventajas e inconvenientes. Sin duda, la curiosidad ha sido en buena parte la protagonista de nuestros mayores logros, y por eso, a pesar de la pesimista afirmación con la que comienzo este prólogo, prefiero verla como una virtud. Gracias a ella, hemos llegado a lugares donde antes parecía imposible llegar, hemos logrado cosas que antes tan solo podíamos imaginar y hemos alcanzado fronteras que antes, tan solo podíamos soñar.

El hecho de que constantemente nos cuestionemos todo cuanto nos rodea y procuremos huir de los dogmas establecidos en nuestra sociedad, hace que estudiemos nuevos planteamientos capaces de dar con la solución para las peliagudas cuestiones que nos quitan el sueño.

No, la curiosidad no siempre mata al gato; en la mayoría de los casos nos encierra en una espiral de «porqués» y «cómos». Para defender la certeza de mis palabras, tomaré a modo de argumento estas declaraciones realizadas por Albert Einstein en el año 1955: «Lo importante es no dejar de hacer preguntas. No perder jamás la bendita curiosidad». Porque si algo nos desconcierta por encima de todas las cosas, es encontrarnos con una pregunta abierta que se presta a una respuesta cerrada. Si estáis de acuerdo con estas reflexiones, habéis venido a parar al lugar correcto, ya

que la curiosidad es el motor principal de un libro tan especial como *Tras el eco de los pasos*. Nos encontramos, nada más y nada menos, que ante un trabajo comprometido con el ansia de buscar respuestas. Los fenómenos paranormales se han convertido en uno de los mayores enigmas para la humanidad, y son muchos los lugares donde podemos encontrar este tipo de actividad. La génesis de esta obra literaria comenzó tras una visita al antiguo pueblo de Belchite, enclave mágico por excelencia entre los amantes del misterio, donde el investigador y redactor de la misma vivió una experiencia que lo marcó para siempre: el aterrador sonido de unos pasos que le seguían constantemente. Quizás tan solo fuera el eco de tiempos añejos o bien, por lo contrario, intentaban enviarle un mensaje. Sin embargo, desde ese momento, nuestro autor no ha cesado en su empeño por conocer la verdad e investigar el origen de esta experiencia al igual que el de otras de similares características. Esto le ha llevado a intentar responder una pregunta común y elemental en estos casos: ¿hay vida después de la vida? Para llevar a cabo su investigación, ha recorrido algunos de los enclaves más misteriosos de nuestra geografía acompañado de los más prestigiosos profesionales en la materia. En estas páginas encontraremos un compendio de metodología de investigación, donde se nos explican en profundidad las pautas necesarias para lograr acercarnos, de forma certera y metódica, a una conclusión satisfactoria.

No perdáis la oportunidad de viajar a lugares únicos y fascinantes. Tomemos la sabiduría de Sócrates y comprendamos que la verdad es una norma imprescindible para la conducta del hombre.

### **Jorge Ríos**

Investigador, director de Informe Enigma y coordinador del S.E.I.P. y T.C.I. en Girona

*Belchite, 11 de marzo de 2017. 23:45 horas*

El paisaje es como el carácter de una persona, alterable en función de su historia particular. Uno no puede pasear por las calles vacías del antiguo Belchite sin sentir que las ruinas albergan mucho más que cascotes y abandono. No importa lo que se haya leído sobre el lugar. Cuando se está en él, toda referencia anterior desaparece y el vacío que deja su ausencia es ocupado por la información que obtienen los sentidos agudizados. El pasado se evapora en la inmediatez de un presente que, a su vez, es atemporal.

Formamos parte de una visita organizada, ya que es la única manera de acceder al antiguo pueblo. Pero nuestra intención dista mucho de permanecer unidos al grupo y pronto nuestros caminos se pierden en soledades compungidas. Pasear bajo la luz de la luna por esta cicatriz de piedra sobrecoge el alma y la conciencia. Las edificaciones que en su momento albergaron las vidas de sus vecinos fueron destrozadas por las mismas manos de los hombres que antes las alzaron. El conjunto se asemeja a un decorado macabro, un lugar en el que la mirada moderna queda cegada ante tanta muestra de horror. Pues toda guerra es terrible, pero todavía resulta más encarnizada cuando la batalla se produce entre hermanos.

Las capas de modernidad que substituyen, una tras otra, las infraestructuras ancestrales, silencian con la frialdad del progreso las palabras escritas en el aire de la historia que acumulan los espacios físicos. Belchite es una excepción. Es la fotografía intacta de una tragedia en la que uno puede adentrarse dejando tras de sí el

presente que no tiene cabida, pero también el futuro que nunca llegó. Es la cintura de un reloj de arena por la que se desliza un horror que se desprende al vacío del cuenco inferior en forma de silencio.

Con todo, hay algo más. Enseguida se comprende por qué es uno de los pueblos malditos de nuestra geografía, uno de los parajes que esconde más misterios y leyendas. Sus paredes rezuman un murmullo que antes fueron palabras, unos secretos que acogían la cotidianidad de una vida que no siempre fue tranquila. Enclave estratégico, bien por su ubicación geográfica, bien por la fertilidad de sus tierras, no es solamente la metralla la que impregna de muerte estos muros. Las piedras acumulan estratos de batallas anteriores a la última y definitiva, enfrentamientos que hermanan a la villa con el drama de una manera inexorable.

En cada palmo se respira el latido de la tragedia, la reverberación de la muerte. A simple vista, se puede comprobar que las estructuras de los edificios todavía acogen los restos de la lucha. Heridas de balas, la huella imborrable de la desolación intangible. Pozos que, en vez de asomarse al interior de la tierra, miran al cielo estrellado a través del orificio por el que en plena contienda penetró la artillería aérea. Sin ir más lejos, en lo alto de la torre de San Agustín puede apreciarse la presencia amenazadora de uno de los muchos obuses que arremetieron contra ella, con la particularidad de que este no llegó a detonar, un fragmento de hierro que perdió todo su potencial destructivo y quedó encajado en la piedra como una caricia de intención asesina.

Caminamos por la calle Mayor en un silencio recogido, antaño lugar de paso obligado para los belchitanos, hoy columna vertebral que acoge en su tristeza unas viviendas ajadas. A derecha y a izquierda nos asalta la visión macabra de un vecindario que fue testigo mudo del óbito despiadado de toda una comunidad.

La falta de mantenimiento provoca que el inevitable paso del tiempo concluya el trabajo de destrucción que inició la guerra. Lentamente, los cascotes se siguen desprendiendo de fachadas y techos, se continúa oxidando el esqueleto de los balcones, se erosiona un terreno que desentierra restos humanos, huesos como el fémur que ilumino con el haz de la linterna. Me encuentro frente a la iglesia de San Martín de Tours, en el terraplén que desciende a su derecha. Por el tamaño reducido, debió de pertenecer a un niño, dato que confiere a la imagen una connotación todavía más terrible. Por la actual aridez de las arterias del pueblo corrieron ríos de sangre, un bautismo de muerte que no entendió de edades, que condenó a todos por igual.



Belchite vivió jornadas de lamentos y explosiones, de gritos y súplicas que morían bajo el impacto del fuego enemigo. Tal vez por eso incomoda el abrazo del silencio absoluto que impera cuando se camina entre las siluetas de las casas que abren sus puertas y ventanas a un interior de escombros y cielo abierto. Es un silencio intranquilo, que calla por no llorar, que parece contener el aliento.

En Belchite, el día pertenece a la tragedia de la guerra pero es en la noche cuando renacen las leyendas. Los hechos y las sensaciones no van necesariamente de la mano en un terreno en el que no es extraño sentirse acompañado de presencias que observan nuestro caminar. Son incontables las visiones y psicofonías que se han registrado en esta tierra de ruinas. La pareja de vecinas recostada contra una tapia, el niño que llora. Explosiones y aviones de guerra sobrevolando la zona. Cánticos religiosos. Sombras cuyo contorno se desliza con sigilo sobre rincones frente a los que no camina nadie.

La luna llena de marzo acompaña un camino en el que solo es necesario hacer uso de la linterna cuando se quiere iluminar los restos de un mural, el interior de una vivienda o las pintadas de quienes estuvieron aquí antes que nosotros. No es un cielo estrellado, imposible con tanta claridad, pero tampoco es una investigación en la que la mirada se va a perder en la inmensidad de las alturas. Esta noche no.

En el interior de San Martín, bajo el peso de la noche, hacia el centro de su ala derecha alguien dibujó una calavera que destaca con vida propia entre tanto vestigio de muerte, puede que recordando que el emplazamiento está cerca de una antigua fosa común destinada a albergar los restos de infantes. Gamberrada o advertencia, decido que es un buen refugio para hacer uso de la grabadora.

Me oriento por la claridad de la luna que penetra a través de los socavones hendidos en la estructura del antaño lugar de culto. Los demás me han informado de su intención de regresar a la calle principal para adentrarse, linterna en mano, tras las puertas y cobertizos derruidos. Me consta que estoy solo y quedo en completo silencio, agudizando el oído para tomar nota mental de cualquier sonido que pudiera interferir en el audio y después

corriese el riesgo de parecer lo que en verdad no es. Será más tarde cuando piense por qué ha sido en este lugar, y no en otro. No encontraré respuesta. Si acaso, pensaré que fue él el que me escogió a mí, y no a la inversa. Que fue él el que me atrajo hacia el sepulcro de su descanso en esta situación de aislamiento a la que me había expuesto.

Activo el aparato y quedo en silencio, inmóvil a excepción del pie derecho, que desplazo mínimamente, pero lo justo para que cruja la gravilla bajo él. Miro la pantalla de la grabadora y me quedo con el dato para el futuro: es el segundo cuatro. Alzo la vista de nuevo y respiro con calma para alejar la congoja que me ha asaltado de repente y a la que no le encuentro explicación. Estoy en un lugar seguro, acompañado por la única presencia, en estos momentos lejana e inalcanzable, de los compañeros que se han repartido por el antiguo pueblo, inmersos en su propia experiencia.



Y, sin embargo, me siento intranquilo. Es una incomodidad palpable, que puede nacer de la sugestión, sí, pero que se representa de una manera vívida, real. La percibo con el mismo verismo con el que escucho el sonido, inequívoco y contundente, de unos pasos que caminan frente a mí. Son pisadas firmes, aguerridas, que avanzan con seguridad de derecha a izquierda, calculo que a unos tres metros de donde me encuentro. Diría que corresponden a alguien de complexión fuerte. No veo a nadie entre las sombras que se alzan frente a mí, pero en cuestión de segundos me asaltan pensamientos que abarcan varias posibilidades.

Ten cuidado de no asustar al compañero rezagado que, en contra de lo que creías, está merodeando por el interior de la iglesia. Tampoco seas tú el que se asuste si aparece por donde menos te lo esperas.

Pero los pasos, que continúan avanzando al mismo ritmo firme y pausado, no pertenecen a nadie que pueda localizar, y mi visión se ha adaptado lo suficiente a la oscuridad de la iglesia para apreciar los detalles de lo que me rodea, como la calavera pintada en la pared, cuya presencia adquiere ahora un nuevo significado. Me cercioro de que el espacio es reducido. Si una persona lo estuviese atravesando, tarde o temprano debería dejarse ver por un lado o por el otro, a no ser que se tratase de alguien que simulase caminar sin en verdad moverse del sitio, lo que no tiene sentido. Nadie aparece.

No deja de ser curioso que, a pesar de todo lo sabido, es solo cuando descarto todas las opciones lógicas que admito la posibilidad de estar frente a un fenómeno extraño. Me arrepiento de estar solo, pues de otra manera podría confirmar con otros testimonios que los pasos eran reales y afrontaría de distinta manera el miedo que me invade de repente, como si, al confirmar una sospecha, la intuición se hubiese tornado en temor.

Apago la grabadora y atravieso la nave central hasta la entrada en la que se escribieron los famosos versos de una jota que es un lamento a la pérdida. Junto a ella, diviso en la distancia a Eulàlia, una compañera del grupo que ha regresado para, desde el otro extremo de la plaza, fotografiar la iglesia en su conjunto, enmarcada en el abrigo de la noche. Está demasiado alejada como para que lo que he escuchado haya sido el eco de sus pasos, pero cabe la posibilidad de que ese sea el origen, aunque me cueste aceptarlo.

Me dirijo hacia ella, quien se sorprende al ver mi rostro desencajado. Le explico lo que ha pasado y hace un comentario de un detalle que, a pesar de lo obvio, no había caído en la cuenta. Puede que la grabadora haya captado algo.

En un lugar recogido, recupero el registro que he obtenido en el interior de la iglesia. Es un archivo de cincuenta y tres segundos, lo que me sorprende. Qué poco tiempo para tantas sensaciones. Frente a lo desconocido, cada segundo ha parecido eternizarse. O la eternidad se ha concentrado en cada segundo.

Aspiro con fuerza, nervioso y excitado por lo que pueda haber encontrado y por cómo interpretaré lo que el aparato haya captado. Así, lo escucho por primera vez a unos metros del lugar de los hechos, aunque no es recomendable este tipo de prisas. Es la primera de las muchas reproducciones que vendrán después.

En ninguna de ellas se aprecia nada más que el apenas perceptible crujido que se produce en el segundo cuatro. Se escucha con una nitidez magnífica. Estoy preparado para comprobar cómo la máquina amplifica o incluso capta sonidos que no se interiorizaron en el momento, desde voces en la distancia hasta campanas de iglesias lejanas. Gracias a la especial sensibilidad de estos aparatos, es habitual desestimar aquellos ruidos que interfieren en el audio, aunque no se hubiesen percibido durante la grabación, y la opción de dudar sea tentadora en no pocas ocasiones.

Pero en esta noche aragonesa me encuentro en la tesitura contraria de desear escuchar un sonido que estuvo presente a mi lado con una claridad que está fuera de toda duda. Sin éxito. ¿Dónde han quedado resguardados los pasos? Reproduzco la grabación una, dos, tres veces. No ha quedado rastro alguno de ellos, como si nunca se hubiesen producido.

No importa lo que diga la grabadora. O lo que calle. Los recuerdo con una nitidez indivisible de las sombras que la claridad de la noche ejercía sobre los arcos de la iglesia; inseparable de la agradable brisa nocturna que danzaba indolente entre los restos del abandono. Me alejo del lugar, aunque dista mucho de ser una despedida. Serán muchas las veces que desandaré el camino de aquella noche, y en todas y cada una de las repeticiones regresaré a este momento para escuchar los pasos.

Porque, cuando Eulàlia y yo nos reunimos con el resto del grupo, algo ha cambiado en mi interior. Tengo el ánimo enraizado, todavía tratando de procesar lo ocurrido. Analizo con frialdad cada uno de los últimos segundos, separando los hechos de las impresiones. Es una tarea sencilla, después de todo. Sé que no he imaginado nada. Otra cosa será el querer ponerle nombre al desasosiego que siento y que no me va a abandonar en lo que queda de madrugada. Eso, lo sé desde este mismo instante, no va a ser tan sencillo.

\*\*\*

Pasan los días. Confirmo que no importa cuántas veces reproduzca la grabación: nadie escucha unos pasos que se repiten en mi cabeza con una nitidez que se debate en una batalla entre extremos antagónicos: no quieren desaparecer, pero tampoco pueden ser magnificados. Hechos, no sensaciones.

Analizo si cabría la posibilidad de que, en el caso de que se hubiese tratado de la reverberación de los pasos de Eulàlia, el

sonido de este eco hubiese podido no quedar registrado. Pero es una teoría que no tiene ningún fundamento. Sonido es sonido. Y, aunque se produjo, la grabadora no lo capturó.

De improviso, me asalta una idea absurda, pero a la que no dejaré de dar vueltas. ¿Qué hubiera pasado en el caso que hubiese regresado al interior de la iglesia? ¿Habría encontrado huellas en el lugar del que provenían los pasos? Sí, sin duda, me respondo. Pero no las que buscaba.

También descubro que en otras investigaciones anteriores se vivieron situaciones parecidas en el mismo enclave, lo que me provoca una reflexión ambivalente. ¿Parecerá que me he inspirado en ellas? Sé que no es cierto. Ni siquiera es algo que me preocupe.

Pero hay algo más. Las tinieblas del drama nublan el recuerdo, y cada visita es y será un nuevo comienzo. Lo que sí que me hace pensar esta coincidencia con la experiencia vivida por otros investigadores es que, en aquel lugar, por encima de mitos y leyendas demasiado elevadas o profundas, hay preguntas que se manifiestan a pie de ruina y rescoldos, a pie de soledad y de silencio. Un silencio inasible en el que en ocasiones, puedo dar fe, se escuchan pasos.